

aguaviva
revista literaria

verano

6 2025

El gozo

traducciones,
creaciones,
artículos,
reseñas.



aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Irene Rodríguez Castro
Instagram: @borrasco

EDITA

María Gómez García en Tacoronte

PARTICIPAN

Alba Lozano Marante, Ariadna del Carmen Pérez Ramírez, Daniela Díaz Alonso, Diane Gamiz, Ico Betancor, Iruene Ayur, Javier Pérez Hernández, Jeph Asomba, Luis Alberto Serrano, María Gómez García, Raquel Reyes Díaz, Sofía Welch

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2025, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente



Sumario

Nota preliminar

<i>Una lata de estrellas</i> , María Gómez García	4
---	---

Creaciones

<i>Siesta en la charca</i> , Alba Lozano Marante	5
<i>Canto a la morena</i> , Daniela Díaz Alonso	8
<i>El faro de Punta Mujeres</i> , Diane Gamiz	10
Ico Betancor	11
<i>Kinder joy</i> , Iruene Ayur	19
<i>El pozo</i> , Javier Pérez Hernández.....	21
<i>El gozo agazapado</i> , Jeph Asomba	24
<i>El potajito de verduras</i> , Luis Alberto Serrano	27
María Gómez García	29
<i>El brillo de lo oscuro</i> , Sofía Welch	31

Traducciones

<i>Isteach</i> , Liam Ó Muirithle / <i>Let in the day</i> , Gabriel Rosenstock / <i>Que entre el día</i> , Raquel Reyes Díaz	36
--	----

Artículos

<i>Tallarse desposeída de la gramática del Lobo. El goce de hacer hablar a la otredad desde el pensamiento de Hélène Cixous</i> , Ariadna del Carmen Pérez Ramírez	39
--	----



Nota preliminar

Una lata de estrellas

He de admitir que nunca he sido una persona que tenga conciencia del gozo, que sepa disfrutar de él. En cambio, sí que soy nostálgica, me doy cuenta de los momentos de euforia cuando ya han terminado, cuando ya no hay ningún hilo del que tirar para que vuelvan a mí. Me pareció irónico que me tocara maquetar este número con una temática que me causa tanto temor.

Aun así, considero que siempre se puede aprender un fisquito de todo, y que el gozo es algo que todos tenemos dentro, aunque en ese momento no podamos darnos cuenta. Quizás está en la piel que roza las rocas cuando las olas nos revuelcan en la playa de Mesa del Mar, en aquel niño que nos cogió la mano cuando teníamos once años, en todas las veces que soplamos las velas de cumpleaños al lado de nuestra familia o en los lametones de nuestra perra en la cara.

Quería orientar esta nota no solo hacia ese gozo descarnado, visceral y explícito, sino también al que se esconde dentro de cada uno, al que nos causa ese cosquilleo interno que nos cuesta comprender, al que, en algunas ocasiones, dejamos atrás por miedo, cansancio o exceso de trabajo.

Disfrutar de la vida al máximo es algo que se hace en los momentos en los que no se tiene conciencia de ello, una cuestión que se muestra a la perfección en las obras que se pueden leer en el presente número. El gozo está en el anhelo con el que se esperan las vacaciones tras meses de trabajo, en los rincones que evocan a los veranos de la infancia, en las pelis que se ven con las hermanas, en el alboroto, en la arena que se esconde debajo de las uñas, en los potajitos de verduras, en el pan que se quema, en las canciones de rock o en los peces de la playa.

Quién sabe cuántos secretos y experiencias enriquecedoras obtendremos, en el futuro, de lo que estamos haciendo en el día de hoy.

María Gómez García,
Tacoronte, junio de 2025.



Creaciones

Siesta en la charca,

Alba Lozano Marante

(creación)

Voy nadando por el agua
mis piernas forman arcos rítmicos
todo el sol está en silencio

Veo en la orilla a un chico moreno
que inunda para siempre mi mente adolescente
vomito pétalos de margarita sobre la superficie del mar
y sentencio que me quiere

Sigo nadando y me pican las piernas
veo en el fondo una chica morena
tiene perlas en el pelo
y aletas en los codos
quiero que sea mi niña
quiero que sea mi todo

Escucho el verano y me duermo en el cielo
mis amigas susurran por si me despierto
al cerrar los ojos recuerdo por dentro
la infancia es un sueño
la vida, el verano, los chicos morenos



Abro los ojos flotando en el agua
la luz en el mundo se vuelve naranja
mi madre me envuelve con una toalla y me dice que
tengo arena debajo de las uñas
y me rio y hago un tubo con la lengua
se desliza dentro de mí un tobogán de agua salada

Parpadeo y tengo quince años y quiero
dejar mi existencia para siempre a cargo de un ángel
y flotar eternamente en esta charca
quiero un amor eterno que me haga cosquillas en el interior de los codos
que me pique la sal, el sudor y la crema
quiero estar con mis amigas y que me dibujen una cruz en la espalda
juntas miramos el cielo fijamente
nos tumbamos en las rocas lisas como lagartos
esperamos a que pase algo
algo celestial que se mueva entre las nubes

El calor me acaricia las pestañas y sueño
con una sirena
la quiero para siempre
quiero un ángel en la tierra
pongo los pies en el agua y abro las manos
rezo



Madrenuestra

quiero como tú una niña morena

que me mime y que me quiera y quiera vivir conmigo

en esta charca para siempre

quiero una chica morena que me enseñe a nadar

solo de pensarlo se me curan las heridas

solo de imaginarlo me arrojo de felicidad



Canto a la morena, Daniela Díaz Alonso

(creación)

¡Jo, morenita, jo!

Jo morenita pintada,
que viene el macho
y te come la carnada,
gritaba desentonado mi abuelo
frente la bella aguajada.

¡Jo, morenita, jo!

Aquí es donde yo me quiero quedar:
aquí, tierra canaria en donde abuelo nació
rodeado entre salitre, folías y mar.

¡Jo, morenita, jo!

Resuenan en los barrancos, junto al silbido,
ecos de tambores, lapas y chácaras...

¡Bendita sea la tierra en la que vivo!

¡Jo, morenita, jo!

Cuando tenga que irme, ¿cómo lo voy a hacer
si entre punzadas de arros e isas
he ido cosiendo un querer?



Lástima que el macho
nuestra carnada quiera comer
y que reduzca en cenizas
las cunetas que nos vieron crecer.

Nota: poema ganador del concurso del micro abierto del IES La Laboral de La Laguna.



El faro de Punta Mujeres, Diane Gamiz

(creación)

Un faro sin luz alumbra la costa de Lanzarote. Un faro sin luz alumbra un muelle del Norte, donde cada verano se celebra la vuelta a la infancia libre. Bañadores, cholas y toallas, en busca y captura, ocupan el hormigón que ancla al faro. Cada mañana, de cada verano, un faro sin luz alumbra un lugar de culto donde orar por marea llena y cemento vacío. Una fila, sin control policial y respetada como autoridad, permite uno a uno a los niños del pueblo lanzarse desde lo alto sin miedo al vértigo y con deseos de sal.

Un faro sin luz alumbra un pueblo costero de casas blancas y puertas abiertas. ¡Cuidado al subir las escaleras del muelle! Erizos negros custodian las rocas, solo valientes y cautos las esquivan con la maestría del gozo del verano.

Un faro sin luz alumbra cuando el sol golpea las cabezas, provocando estampidas para ir a comer. Se deja entre comidas espacio a pescadores, con carnada colorada, aficionados al sargo, la salema y el pejeverde. El silencio del mar golpea el muelle y acompaña al canto del faro. Canta, faro sin luz que alumbra amores fugaces y estrellas platónicas de veranos adolescentes.

Un faro sin luz alumbra los saltos de fe al mar azul, al mar celeste, al mar añil. Disparos al mar y cholas perdidas entre infancias ensalitradas. Música y tabaco, a escondidas de padres inflexibles, se expanden en los muros de un muelle con faro.

Un faro sin luz alumbra veranos compartidos, tiempos pasados y venideros. Un faro sin luz alumbra mareas vacías y corazones llenos de salitre. Un faro sin luz alumbra risas ahogadas en agua y espuma efervescente de costa. Un faro sin luz alumbra a un pueblo llamado Punta Mujeres.



Ico Betancor

(creación)

i. nosotras las deslenguadas

creo que disfruto del alboroto.

el lenguaje es una sustancia volátil y enferma,

enferma de utilidad.

la euforia de encontrar algo más allá de la palabra y la carne

que

Baile

D-d-divertido mi

Entre lengua

tar

T t

Tarta

muda y el sintagma

si todas masticásemos lo que nunca supimos decir

quizás algún día escupamos una nueva frontera líquida,

una utopía viscosa y pastosa.

creo que seremos gotitas empegostadas

corriendo por hojitas de culantrillo.





ii.

no tengo miedo a la soledad,
pero sí a ser reaccionaria.
creo que lo soy por naturaleza.

¿pero acaso se es algo por naturaleza,
aparte de hipócrita?

tampoco creo tener miedo al dolor,
ni a cómo lo posterior al amor
se siente como un bisturí dejado
dentro de una operación abierta.
con la última sutura
siento la fricción del metal
chocando contra mi hueso.
disfruto de ese eco y retomo mi centro.

entonces, ¿cómo explico esto?
¿cómo me explico al resto,
cuando ni yo reconozco ese sonido hueco?

¿tengo que seguir así,
entre el desgarró y lo anhelado?



preferiría chocar bisturís con los que
amo, y que las ondas fueran el
comunicado.

el ruido metálico es más sincero
que los decibelios del sintagma.

la oralidad es aberrantemente
espaciosa, como una cáscara calcificada
con nada en su interior,
que me obliga a seguir su patrón de grietas
sonoras. las mismas grietas
que la drenaron de su líquido
amniótico, y mi voz,
una herramienta demasiado hereje
para ser sincera y obedecer al camino.

quiero sumergirme en ese
líquido. muerdo mi lengua
y la escondo muy al fondo del
gaznate cada vez que me veo en el
espejo. porque recuerdo que, de
pequeña, me dijeron que en el reflejo
es el único lugar donde no hay
adversarios. pero el mío está entre mis
labios.



iii.

esta isla, tan domesticada en cal viva,
y yo solo disfruto perderme en el puntillismo.
siempre, al volver,
siento una mano quitándome la mierda con
alcohol. la mierda es mi cuerpo y mi experiencia:

delimitada. colada. triturada.

higienizada. la isla escuece.

me levanta la quijada,
hasta no ver la tierra tibia.
ay, aquella linda...

echo de menos mi espalda encorvada,
mis ojos bajos.
observar la basura entre las grietas del
suelo... espero no olvidarme también
de ver las flores entre mis pasos.

soy demasiado torpe para andar tan derecha,
y demasiado temerosa
para admitir que solo vengo



con el deseo secreto
de que esta vez, cuando tropiece,
un baifito venga a lamer
la sangre que deje entre las piedras.

la isla ha vuelto a escocer.



iv.

recuerdo pensar que el amor
era para las mujeres que sudaban perfume.
¿quién va a amar a una travesti que se parte y supura?

pensaba que, para ser deseada,
tenía que dejar de ser persona.
tenía que convertirme en carne abierta,
en algo que ya no jadea.

pensaba en las mil maneras de ser retorcida,
lamer la herida del otro con mis ojos,
ofrecerme como altar de nada.

ahora solo quiero tumbarme,
devorar con la espalda el rofe,
que la roca me perfora la piel.

me calma que jamás sabrá mi nombre.
quiero que me baile el lomo
entre el calorcito y los pinchos,
como una ofrenda que se niega a ser.



solía pensar que las travestis
no sabíamos diferenciar el presente.
me vuelvo a abrazar al rofe.
me susurra que yo me pudro más rápido que él,
me recuerda viva.

creo que el futuro siempre estuvo en nosotras.



Kinder joy,

Iruene Ayur

(creación)

Gozo

Del lat. *gaudium*.

1. m. Sentimiento de complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles.

2. m. Alegría del ánimo.

Gozo es meterme en la cama con mi hermana y quitarle la manta, ponernos una peli y reírnos de los diálogos y clichés que tanto nos gustan. Gozo es saber que después de un día de lluvia las paredes de casa de mi abuelo estarán llenas de caracoles enormes y podré ver lombrices cerca de las papas que plantó en abril. Es el anuncio de un nuevo Tour de Blackpink y saber que planearé un viaje a la península, probablemente Madrid, pensar un outfit, practicar el maquillaje que me haré. Es redescubrirme en una lectura, una autora, una línea que ha sabido definirme mejor que todos los tiktoks que me salen en mi tl. Es compartir un postre con una persona igual de *people pleaser* que yo, haciendo cada vez más fina la muralla que va quedando tras acucharar cada uno su lado y que ninguno sepa verbalizar el asunto. Gozo es que esa muralla caiga porque no le queda base sobre la cual sostenerse.

El otro día le puse una pegatina nueva a mi máquina de coser, quiero que se parezca a las máquinas de estas personas tan cool que veo en Instagram, pero nunca me atrevo a tomar la decisión de llenarla por completo, de gastar la vida de ese adhesivo. Puede que en el fondo solo me dé miedo equivocarme y no tenga nada que ver con un trozo de papel iridiscente; que la indecisión sea la inseguridad de no verme capaz de ser como esas personas que admiro, de no confiar en que puedo apostar por lo que deseo, de no tener precedentes que me allanen el camino. Pero creo que hay algo de gozo en eso de salir victorioso tras el intento, en saber que no soy una pegatina. El caso es que ahora Cinnamoroll vive en la rueda que controla la tensión del hilo y no me arrepiento. Como no me arrepiento de la primera vez que fui a un hindú y descubrí que lo de ser quisquillosa con la comida solo aplicaba a la comida de mis padres.

Gozo es poner el último lego del halcón milenario y saber que también puse el primero; despertarme temprano y tener la casa completamente silenciosa; contestar el teléfono y



que sea mi hermana mayor; terminar de escribir mi primer relato; diseñar en una cafetería los planos de mi futura casa; volver al parque donde jugaba de pequeña y subirme de nuevo en los columpios; que el verano se anuncie con la llegada de los kinder joy. Sobre todo, eso, que la espera hasta poder probarlos de nuevo tenga tantas cosas que me gustan tanto que nunca me da tiempo de echarlos de menos.



E
l
p
o
z
o,

Javier Pérez Hernández

(creación)

Los primeros rayos de sol le llegaban a la frente y los nudillos. Parecía que le avisaban de que la primavera ya se estaba acabando y no hacían falta tantas capas de ropa, pero aquella gabardina azul marino —aparte de ser su atuendo más característico— era su uniforme de todas las mañanas. Su casa estaba a tan solo trece minutos y veintisiete segundos exactos de la oficina, por lo que el trayecto lo hacía a pie, recorriendo siempre las mismas calles. Era domingo y él era de los pocos desafortunados que madrugaba para dirigirse a su puesto de trabajo.

— ¡Buenos días, Isaac! Mañana empiezas tus vacaciones, qué bien. ¿Qué tienes pensado hacer?

— Tengo muchas cosas pensadas.

Fernanda lo miraba con una sonrisa plástica que acentuaba todavía más lo rasgado de sus ojos y las arrugas de su rostro, y una mano en el hombro que le impedía escapar. Junto a Isaac trabajaba Sonia, que en esos momentos se resguardaba tras la pantalla del ordenador para pasar desapercibida. Fernanda trataba a ambos con aparente cariño, intentaba que el equipo fuera como una familia, aunque les ponía horarios partidos, cambiaba los turnos cuando le apetecía y les obligaba a hacer horas de más para —según ella— optimizar el rendimiento de la oficina; pero cuando alguien se disponía a ausentarse de la empresa la tensión en el ambiente alcanzaba su máximo nivel de tangibilidad. Isaac se dedicaba a vender entradas de actividades y planificar rutas por la isla, por lo que sus vacaciones no solo las determinaba la propia Fernanda, sino también los turistas. Estaban a finales de mayo y el flujo de clientes era casi nulo. Aun así, a Fernanda no le gustaba verse escasa de personal.

— Hoy vas a trabajar de corrido, así aprovechas también la tarde. ¿Vale, corazón?

Cuando Isaac salió a las cinco del local, se enfundó de nuevo la gabardina y en trece minutos y veintisiete segundos se convirtió en un hombre libre por quince días. Lo primero que hizo fue freírse unos huevos y unas croquetas de almogrote que le quedaban en el congelador. Como entre turnos no solía disponer de mucho tiempo se había habituado a a-



limentarse de esa manera y a no ser muy constante con la limpieza. Se percató de la cantidad de grasa que había incrustada en la placa y se dijo a sí mismo que mañana mismo la limpiaría.

A la mañana siguiente encendió su portátil. En el navegador de Internet tenía un sinfín de ventanas abiertas con todos los destinos y planes con los que había estado fantaseando durante las últimas semanas. Algunos clientes le habían recomendado unas islas en Maldivas que no eran muy caras, unas rutas en tren por Europa y hasta un recorrido por la China Oriental. Había comparado precios en mil portales diferentes y —lo que más disfrutaba con diferencia— había marcado en Google Maps todos los locales gastronómicos que no quería perderse. Cada noche se sumergía en YouTube para empaparse de consejos de viajeros y su imaginación se perdía en delirios de lugares lejanos, sintiendo la euforia del gozo que veía cada día en las caras de los clientes a los que les vendía excursiones.

En la aplicación de notas tenía una lista de tareas sin completar:

- Planificar vacaciones
- Cita derma miér 21 10:15
- Llevar a Mica al vet jue 22 12:00
- Renovar DNI lun 26 11:42

...

Aparte de darse cuenta de que no había reservado ninguna de aquellas «muchas cosas pensadas», recordó que había acumulado para esas semanas todos los trámites que no podía hacer mientras trabajaba. Cada vez que pensaba en la lista se acordaba de una cosa más para hacer. Pronto la angustia le subió del estómago a la mandíbula. No tendría descanso en sus días específicos para ello. Su mente se lo recordaba cada vez que veía la nevera vacía, cada vez que escuchaba el celo de Mica, cada vez que cocinaba en la placa sucia. Isaac se había convertido en un esclavo del tiempo y del trabajo. Su propio nombre lo vaticinaba, isAAc, un grito de auxilio encorsetado en un significante, *aaaa*, el hastío materializándose en aceite quemado y grasa y en maullidos y en piel que pica y en un sonido (*¡click!*) de pestañas cerrándose y *aaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*.

Quince días más tarde, madruga para dirigirse a su puesto de trabajo. Se pone su habitual gabardina azul, recorre las mismas calles de siempre, haciendo el trayecto a pie, y en trece minutos y veintisiete segundos llega a la oficina.

— ¡Buenos días, Isaac! Espero que hayas podido disfrutar de tus vacaciones. Tienes



unos clientes de Australia interesados en la ruta 3.

— Sí, muchas gracias. Ya mismo estoy con ellos.



El gozo agazapado, Jeph Asomba (creación)

Hoy el sol entró riendo,
derramando oro sobre las baldosas de la cocina,
como si trajera una noticia
que valía la pena compartir.

Me moví con él,
descalzo, suavemente,
como si el júbilo tuviera un ritmo
y yo recordara los pasos.

El pan se quemó en silencio,
la cafetera cantó su melodía plateada,
y yo,
con los brazos llenos de mañana,
bailé entre la luz del sol y el silencio.

No había razón,
solo el puro deleite de existir,
de respirar y sentir la luz,
deslizarse como miel sobre la piel,
ese pequeño instante
en el que no hace falta nada más.



Sonreí a la ventana,
como si pudiera entender la razón de mi felicidad,
y dejé que el calor se quedara un poco más sobre mi piel.

Me senté con él,
dejé que tocara las esquinas de mi silencio
y que llenara los huecos
donde antes murmuraba la tristeza.

El mundo siguió su curso,
los coches en la calle,
el reloj marcando lo inevitable,
las nubes deslizándose sin peso.

Pero en esa fracción de tiempo,
la vida se volvió ligera,
como si el gozo
hubiera estado esperando en silencio,
agazapado entre las cosas simples,
listo para brotar
al primer roce de la luz.

Me quedé allí,
con el sol trepando por mis hombros,
como si quisiera decirme sin palabras
que todo lo que necesitaba era su luz.



Pensé en los días grises,
en las noches de lluvia,
en el cansancio que no se va con el sueño,
y aún así,
algo dentro de mí floreció sin permiso.

Porque a veces la alegría llega,
no para explicarse,
sino simplemente para recordarnos
que aún somos capaces de sentirla,
que aún hay días en los que el sol
entra riendo por la ventana
y nos encuentra vivos.



El potajito de verduras,

Luis Alberto Serrano

(creación)

Siempre, ufano y orgulloso, he presumido del «potajito» de verduras que hace mi madre. Han ido pasando los años y ya la veo muy mayor y con ciertas carencias cognitivas, pero ahí está ella siempre al pie de la cocina, esperando a que alguno de mis hermanos diga que va a venir a comer a casa para ponerle lo que sabe que le gusta a cada uno. A mí, como sigo viviendo con ella, ni me pregunta. Me limito a comerme lo que me pone y punto.

Anoche, daba tumbos por la cama y reflexioné sobre que siempre me he adueñado de una cualidad de ella, para presumir ante mis amigos. Y ya tengo una edad para hacerlo yo mismo y que su receta se mantenga. Ese fin de semana le dije que tenía que enseñarme a hacerlo. Ella, encantada. Todo lo que sea que la valoren en algo la hace gozar más que nada. Ya es lo que les queda a las «viejitas», que les reconozcan el mérito de toda una vida de sacrificios sin que pongan en su lugar el valor que merecen.

Se acercaba su cumpleaños y, como cada vez que toca, no sabía qué regalarle. Es una mujer que tiene todo lo que necesita, porque no necesita casi nada. Y yo no soy de regalar algo que luego solo sirva para limpiarle el polvo. Se me ocurrió una idea que nos podría hacer disfrutar a los dos. Me pedí el día libre en el trabajo, contándoles a mis compañeros que emplearía el día en aprender a hacer el «famoso» potajito del que todos me pidieron que mandara la foto al chat de grupo en el que casi nunca entro. Lo prometí. Les conté a mis hermanos la idea y se pidieron el día libre en el trabajo también. «Si vamos a aprender a cocinar como mamá, lo vamos a hacer los tres», dijo la más pequeña. Esa que, pese a estar independizada, no sabe ni freír un huevo.

Llegado el día, fuimos llegando todos. A ella se le empezaron a aguar los ojos de la emoción. No es fácil hacernos coincidir a los tres. Bueno, era su cumpleaños y se esperaba fiesta por la tarde, pero ¿los tres una mañana de diario en casa juntos? Era inexplicable, pero la llenó de regocijo. Le contamos el plan y tardó nada y menos en ponerse el delantal. Pasamos el rato los tres en la pequeña cocina, nos abrimos unas cervezas y unos picoteos en lo que la olla hacía su trabajo. Y comimos los tres entre risas y contar anécdotas que ya todos sabíamos de memoria. Todo hasta que sonó el timbre y llegó un mensajero con una maceta con una orquídea y una tarta. Sin decir nada, todos sabíamos que lo había organizado el mayor de los tres, siempre tan detallista.

Sopló la vela, una y grande, y disfrutó como hacía tiempo que no imaginaba. Y los tres hijos hicimos un juramento que se mantiene hasta el día de hoy. El último fin de mes nos



juntaríamos todos para hacer el potajito. Cada mes le tocaría a uno. Y les dejo, que hoy me toca a mí y se me va haciendo la hora de quitar las hebras de las habichuelas, lavar los berros y la calabaza y partir la piña de millo.



María Gómez García

(creación)

si sales en el [casar/besar/matar]

yo siempre elegiré casar en la cabeza

y matar en la boca

un abrazo y me subo al árbol

y me llamas zarrapastrosa

y me dices que no me quieres abrazar

puaj ni yo a ti

puaj puaj puaj

si sales en el [verdad/atrevimiento]

yo siempre me alejaré

corriendo

de tus pasos

y me llamarás zarrapastrosa

y me dirás que por qué no te soplé el polen

y me preguntará por qué no tiré de tus pestañas

se pondrá el sol

y lloverá

saldrás muchas veces

muchas muchas muchas

querrás que tire de tus pestañas

del polen

que no me suba al árbol



que no elija matar

que no lo haga

pero yo siempre lo haré



El brillo de lo oscuro, Sofía Welch

(creación)

Tengo una relación rara con el alcohol. Ha sido así desde que empecé a beber. Me tomo la primera copa y quiero una segunda, que me bajo de un trago antes de pedir una tercera. En cuanto empiezo a notar el calor en el pecho y el cosquilleo en las manos, voy en busca de misiones secundarias con la cuarta copa. Hablo con gente que no quiere hablar conmigo, tonto con personas a las que no intereso, me recoloco la camisa para enseñar más escote, a la caza de alguien a quien meter mano y luego olvidar. El alcohol me sienta igual que a mi padre. La diferencia es que él no se arrepiente de nada al día siguiente.

La misma relación rara que tengo con el alcohol, la tengo también con la alegría de vivir. La agarro demasiado fuerte algunas noches y después me siento estúpida por haber sobredosificado. La parte de exprimir la vida hasta que se queda vacía y arrugada, como un globo de agua estallado sobre el suelo, la aprendí de mi padre. La segunda parte de sentirme estúpida es solo mía, o quizás un poco de mi madre, no estoy segura.

A mi padre siempre le gustó el *rock*. Es muy caprichoso, igual que yo, así que para cada nueva afición se compra lo más caro y brillante del mercado. Tiene una colección de guitarras eléctricas en las que se ha gastado una cantidad obscena de sueldos y que enseña a las visitas con orgullo. Cuando era niña, de vez en cuando le decía: «Papá, toca la bonita», y él empezaba a tocar *Stairway to Heaven* de Led Zeppelin. A mí se me ponía la piel de gallina desde las primeras notas. Todavía, cuando la escucho, pienso en que esa es «la bonita». Y todavía, también, me eriza los pelos de los brazos. Cuando mi padre iba conduciendo y sonaba alguna canción en inglés, yo solía preguntarle qué significaba la letra. Él subía el volumen, a expensas de mi madre, a la que no le gustaba ir con la música alta porque siempre le dolía la cabeza, y me traducía, un poco torpemente y en tiempo real. Así fui descubriendo, a través de sus palabras, lo que decían todas esas personas que sonaban tan bien y que, a veces, incluso tenían algo interesante que decir.

En una ocasión, recuerdo que me tumbó en la cama con los cascos del discman puestos, le dio al *play*, apagó la luz y me dejó sola. Empezaron a sonar los latidos al inicio de *Speak to Me*, el comienzo de *The Dark Side of the Moon* de Pink Floyd. Mi madre gritaba de fondo que no le pusiera a la niña la música tan alta y él la mandaba a callar, pero la discusión sonaba a murmullo detrás de la música. Fueron cuarenta minutos de viaje y uno de los mejores regalos que me han hecho nunca.



A los ocho años, mis padres me llevaron a celebrar la entrada del nuevo milenio a una fiesta en casa de un amigo de mi padre que alquilaba un local de ensayo a grupos de música de lo más diversos, por lo que el elenco de invitados era maravilloso. La música reventaba las ventanas y todo eran antifaces, sonrisas y alcohol. Bailé como no había bailado en mi vida. Horas y horas de mover el cuerpo y de pasarme globos con un punki que, por lo que fuese, estaba aguantando la fiesta todavía mejor que yo. Allí conocí a un actor que movía las cejas de una forma muy guay y cuando volví a casa pasé semanas frente al espejo hasta que me salió. Le debo a ese hombre algunas de mis muecas más características. En algún punto de la noche, mi madre me llevó a acostar, aunque yo quería seguir bailando. En ese momento pensé que, si hubiese sido por mi padre, yo habría podido quedarme en la pista un par de horas más.

Mi madre siempre tuvo mucho miedo a volar. Siempre tuvo mucho miedo a todo, pero volar era una de las cosas que aceleraban ese motor de pánico que tenía permanentemente encendido y demasiado revolucionado. Cuando yo tenía diez años, mi padre me dijo que había comprado billetes para hacer los tres juntos un viaje a Madrid. Yo me moría de la ilusión. Como me lo dijo a mí primero, mi madre no pudo echarse atrás. Recuerdo verla llorando de ansiedad en la cama y diciendo que no sabía si iba a poder hacerlo. Al final, fuimos. Me llevaron a ver el musical de *El fantasma de la ópera* y salí de allí absolutamente impresionada. Estaba por fin de viaje con mis padres y acababa de ver algo que se quedaría conmigo toda la vida. Todavía lloro escuchando las canciones. La que más nos gustó a mi padre y a mí fue *El punto más Crucial*. Pasé muchos años pensando que Christine debería haberse quedado con el fantasma. Ese amor intenso y posesivo me conmovió. Mi madre estaba de parte de Raoul.

Recuerdo verme de pequeña en el espejo mientras mi padre me peinaba y sentirme como una corista adorada por el espectro escondido entre los muros de un teatro. Me ponía la raya a un lado y me cepillaba las ondas como si fuese su proyecto de peluquería. Me decía lo guapísima que estaba y que en el espejo no se veía bien. Iba a por la cámara de fotos para ver si esta captaba mejor el momento. Según él, las fotos tampoco capturaban con precisión lo bien que me había quedado el pelo. Lo bien que le había quedado a él. Yo disfrutaba de sentirme una princesa y no pensaba en mucho más. Le encantaba comprarnos ropa a mi madre y a mí. Nos vestía como a muñecas. Al principio, algunas de las cosas que nos traía no nos gustaban, pero siempre terminábamos vistiéndonos con ellas. Eran prendas raras, especiales, transgresoras. Me hacían sentir diferente, *not like the other girls*. Cuando salíamos de compras, nos solía insistir a las dos para que nos probásemos lo que a él le gustaba, «sólo para vértelo puesto» y, pese a las negativas iniciales, normalmente terminábamos pasando por el aro. Nos elogiaba tanto que yo me



convencía rápido y lo dejaba comprarme lo que fuese. Muchas veces a mi madre no le gustaba verse algo puesto y, al par de días, mi padre se lo regalaba. Porque a él sí.

A mi padre le gustaba gastar dinero en mí. Una gran parte de mi infancia la pasé en El Corte Inglés. Era uno de los sitios favoritos de mis padres para pasar los sábados. Me compraban cosas que luego yo colocaba en el sillón cuando llegaba a casa. Para mirarlas. Me gustaba ver todos mis regalos ordenados y solo observar lo bonitos que eran. Ropa, libros, pulseras, lo que se me ocurriera. Crecí en la opulencia de una familia que gastaba más de lo que tenía y eso me hizo materialista. A mi madre le parecía que, para que mi padre se gastara su dinero invitando a otras personas a comer o en proyectos que nunca terminaban del todo bien, era mejor que se lo gastara en mí. Yo tampoco vi el problema hasta mucho más tarde.

Otra cosa que mi padre adoraba era comer. Comía como un gorrino. Rápido, con ansias, llenándose la boca como si fuera un fetiche. Yo comía igual, y todavía lo hago si no lo pienso y me dejo llevar. La comida siempre fue un lugar de placer para los dos. Pero no de un placer calmado, de compartir, de amor familiar. Era un placer visceral y desesperado, el de dos adolescentes de quince años descubriendo el sexo por primera vez. Engullíamos como animales. Cuando cocinaba él, llenaba los platos hasta desbordarlos de carne y de papas fritas. Mi madre se preocupaba por nuestra salud, sobre todo por la mía, pero a mí se me salían los ojos de las órbitas al ver tanta papa junta y al final me terminaba hasta el último grano de sal. Luego ella me pelaba una manzana. Para compensar.

Mi padre conducía como comía, como una persona que prefiere el *rush* de la velocidad a la autopreservación. O más bien, como una de esas personas que creen que controlan. A mi madre la ponía nerviosa su inconsciencia, pero también se terminó acostumbrando, porque él no iba a ceder en ese pulso. Desde muy pequeña, me habitué a esa forma de sentir las curvas y de coger los cambios de rasante. Disfrutaba de cada paseo como si estuviese en una montaña rusa. Aprendí a sentirme segura con el vaivén disparatado y con *I Want It All* de Queen a un nivel de decibelios muy por encima de lo recomendado. Cuando el volumen llegaba al tope, mi padre quería más. Más alto, más rápido. Y yo aprendí a querer más con él. Cuando tendría unos doce años compramos un coche nuevo del que mi padre se enamoró. Un Land Rover Discovery 3 azul micatálico, con todos los extras que había disponibles y alguno más. Tardó seis meses en llegar de la fábrica. Seis meses en los que mi padre pasó todo su tiempo libre en la cama jugando con una maqueta del todoterreno que había comprado en un *hobby center*. De ese coche me encantaban muchas cosas: el olor a cuero nuevo, el sonido del motor, la vista del mundo desde arriba cuando iba montada en el copiloto, el tremendo equipazo de música y que tenía siete plazas, así que mi padre podía llevarme a mí y a mis amigos a todas partes. Todos adoraban



ese coche. Y, en consecuencia, a mi padre. Solo una amiga me dijo, años más tarde y ya bien entrada en la veintena, que no iba a montarse más en el coche de mi padre porque le daba miedo su forma de conducir.

Me habló de las drogas con catorce o quince años. Mi madre se ponía de los nervios con sus relatos *glamourizantes*. Mi padre le decía que yo las iba a probar, y que mejor que fuera informada. Me contó sus experiencias y que había dejado de consumir a los diecisiete años, y desde ese día empecé a idolatrarlo a él y a los psicodélicos a partes iguales. En su relato, una canción de Jimmy Hendrix lo había sacado de un mal viaje con un tripi del Pato Donald que tomó en las Fiestas del Cristo de La Laguna. Dijo que sintió que la música lo sacaba de la agonía como tirándolo por un tobogán. Nunca me atreví a ir más allá de un par de caladas de porro de maría, que siempre me sentaron fatal, pero no paré de comprar libros sobre drogas durante la siguiente década.

A los veintiún años, mi padre nos llevó a dos amigas y a mí de viaje al Oktoberfest de Múnich, junto con su grupo de divorciados-nuevos-adolescentes que ya se habían acostado más o menos todos con todos. Le dejó el coche de alquiler a una de mis amigas con el carné recién sacado en una de las autopistas alemanas sin límite de velocidad y la animó para que le pisara. Nos lo pasamos genial pasando miedo. Era habitual que les dejara el coche a mis amigos para inaugurar sus carnés de conducir, hasta que uno casi le choca el Discovery contra un quiosco; entonces se disolvió la tradición. En las noches que pasamos en las carpas del Oktoberfest, mi padre y sus amigos se fueron antes que nosotras. Bebí muchísimas cervezas de trigo de siete euros y me acosté con dos tíos: un alemán y un italiano. Con el alemán, borracha hasta las trancas y sin condón, después de haberle dado los que tenía a una amiga de mi padre que parecía que esa noche iba a tener más suerte que yo. Con el italiano, detrás de unas caravanas y con un *voyeur* mirando que descubrimos demasiado tarde. Cuando volví a casa, me hice todas las pruebas de ITS que conocía porque estaba segura de haber pillado algo. Al final todo salió bien, pero recuerdo ese viaje con más asco que placer.

Cuando caminábamos juntos por la calle, mi padre acompañaba su paso al mío y me cogía de una forma especial: pasándome el brazo por encima y agarrándome del hombro que le quedaba más lejos, presionándolo con la mano hacia él. Me restringía un poco el movimiento, pero me hacía sentir muy protegida. Pasé años pidiéndole a mis parejas que me cogieran de la misma manera para recrear esa sensación de estar a salvo. Él acompañaba su paso al mío porque quería ver que yo iba al suyo. Pero lo que más quería, en realidad, era que fuese a su paso y no al de mi madre.



Ahora tengo treinta y dos años y la relación con mi padre hace tiempo que acabó. Intento mantener los recuerdos intactos, pero la perspectiva a veces es una cosa miserable y todos se han cubierto de una capa espesa de su machismo, de su ego y de su lucha de poder con mi madre en la que me tenía a mí como peón. Me llevó a cada viaje y a cada concierto al que tuvo oportunidad, y yo asocié su presencia a la presencia de la alegría. Me lo dio todo. Todo menos coherencia y honestidad.

Todas esas canciones, que antes me seducían, me hacen sentir como si disfrutara de un abuso, y ese placer me humilla. Me puso *The Dark Side of the Moon* y yo no quise mirar hacia su cara oculta, tan a la vista todo el tiempo. Me tapaba los ojos porque era más fácil, más cómodo y, sobre todo, porque así podía disfrutar de mucho más. Solo me bajé del barco cuando me empezó a hacer a mí las mismas cosas que le hacía a mi madre, solo cuando fue a mí a quien hizo sentir pequeña, manejada, un mero pasatiempo sobre el que ejercer influencia para comprobar cuáles son sus límites, un juguete. Quedé huérfana de valores después de darme cuenta de que esa alegría de vivir que me enseñó estaba adulterada con algo que me estaba rompiendo el cuerpo. Poco a poco, voy recuperando la capacidad de sentir alegría sin que se me desparrame hacia la euforia y, después, hacia el arrepentimiento. Cada vez más, voy prefiriendo a Raoul y no al fantasma. Pero todavía, en algunas noches frías, las mazmorras de ese teatro incendiado se me aparecen y su calor me llama a quemarme aunque sea la punta de los dedos.



Traducciones

Isteach,
Liam Ó Muirithle
(versión original)

Lig isteach an lá
ardaigh an dállog
táim ar snámh
le solas loch gréine
trí fhuinneog

Féach an cóch ag líoadh
éadaí tí ar line
táim ag seoladh
le gaoth na bhfocal
trí ghairdíní

Tá gach aon ní mar atá
ní gá inní níos mó inniu
táim beo lá amháin
le grá don uile
ar fónamh



Let in the day, Gabriel Rosenstock

(traducción al inglés)

Let in the day

raise the blinds

I float

in a lake of sunlight

through the window

See the squall filling

household clothes on the line

winds of words

transport me

through gardens

Everything is as it is

today there is no cause for worry

I am alive this hour

with love for all

Nota: Al texto de la traducción en inglés le faltaba el verso final. Eso está solventado en la traducción al español.



Que entre el día,
Raquel Reyes Díaz
(traducción al español)

Que entre el día
levanten la persiana
floto
en un lago de luz solar
que atraviesa la ventana

Miren la ráfaga cómo infla
la ropa del tendedero
navego
con vientos de palabras
por los jardines

Las cosas son como son
no hay necesidad de preocuparse hoy
estoy vivo este día
con amor
y buenos deseos para todos

Nota: El trabajo se ha hecho a partir de la traducción en inglés, consultando y contrastando fielmente el significado de cada palabra en gaélico irlandés.



Artículos

Tallarse desposeída de la gramática del Lobo. Hacer hablar a la otredad desde la escritura y el lenguaje de goce en el pensamiento de Hélène Cixous.

Carving Oneself Deprived of the Wolf's Grammar. Giving Voice to Otherness through Écriture and the Language of Jouissance in the Thought of Hélène Cixous.

Ariadna del Carmen Pérez Ramírez

(artículo)

Fecha de recepción: 26 de mayo de 2025

Fecha de aceptación: 08 de junio de 2025

RESUMEN

En el presente artículo nos proponemos explorar la escritura femenina y el lenguaje de goce en el pensamiento de Hélène Cixous. Analizaremos el proceso de inmersión que configura el goce femenino a partir del movimiento muerte-desgarramiento-vida, del mismo modo que profundizaremos en los conceptos teóricos fundamentales desarrollados por Cixous. Dichos elementos configuran una escritura subversiva frente a los modelos de pensamiento rígidos, binarios y estructurales. Esta propuesta busca hacer hablar a la corporalidad de la otredad, visibilizando una forma de lenguaje y de escritura que parta de una economía de la representación.

PALABRAS CLAVE: escritura femenina, soplo, goce, alteridad, economía masculina, tercer cuerpo, bisexualidad, economía de la representación.

ABSTRACT

This article examines *écriture féminine* and the *language of jouissance* as articulated in the thought of Hélène Cixous. Particular attention is given to the immersive process through which *feminine jouissance* is inscribed, conceived as a movement of death–laceration–rebirth. Furthermore, the study engages with the central theoretical concepts developed by Cixous, which give rise to a subversive mode of writing, one that resists rigid, binary, and structural modes of thought. This approach ultimately seeks to give voice to the corporeality of otherness and to propose a language and a form of writing grounded in an ethics and economy of representation.

KEYWORDS: *écriture féminine*, breath, *jouissance*, otherness, masculine economy, third body, bisexuality, economy of representation.



La lengua ha de esforzarse en alcanzar caminos indirectos femeninos, animales, moleculares, y todo camino indirecto es un devenir mortal. No hay líneas rectas, ni en las cosas ni en el lenguaje.

Gilles Deleuze, Crítica y Clínica

Bridebed, childbed, bed of death.

James Joyce, *Ulysses*

Érase una vez una máquina de pensamiento: Logos/Pathos, Padre/Madre, Identidad/Diferencia, Hombre/Mujer. ¿El Señor Padre, todo Creador (fundador)? Dueño del *logos universal*, máquina de pensamiento. ¿Máquina de pensamiento llamada Padre (maternal)? Las oposiciones son el engranaje fundamental de la máquina Padre. Sus ruedas son de diferente tamaño: el Lobo cumple la función de corona; las Caperucitas, de piñón. ¿Jerarquía o neutralidad? ¿Jerarquía neutral? La disyuntiva se presenta entre la neutralidad del pensamiento y la subordinación simbólica. ¿Dónde están ellas? Dígame, filósofo: si veo un *no-ellas*, ¿puedo suponer que hay un *ellas*?

Érase una vez unas Caperucitas que dormían por naturaleza. ¿Fueron dormidas? El logos masculino no las reconoció y ellas, re(o)primidas, murieron —de toda mirada: la de ellos, los lobos; la de ellas, diversas; de la máquina de pensamiento Padre—. Muerte-desgarramiento-vida. Caperucitas, productos de deseo, se desterritorializaron con la tinta y regeneraron palabras. Sujetos epistémicos posibles nacieron allá donde hubo escritura, donde hubo lenguaje de goce. Caperucitas devinieron en otras *allí-aquí(entre)-allá*, donde las fronteras corporales se disiparon, mientras escuchaban el desgarramiento mortal de sus compañeras. ¿Un soplo? El soplo. Nuevas onto-epistemologías nacieron. ¿Fueron vistas por ellas y por nosotras? Desposeídas, se tallaron en palabras hacia la infinitud.

Érase esta vez sueña, sueñan. Miran sin lentes: los ojos, sus ojos, la mirada de *otras*; ellas plurales preguntan por el ser. Las muertas comienzan a mirar. Las Caperucitas cohabitan con la alteridad, la alteridad se manifiesta en ellas, la *ritournelle* sueña. La diferencia *es*. El Imperio de lo Propio cae ¿Son humanas? ¿Están despiertas!

Toda búsqueda de sentido comienza en torno a la duda, al interrogante. ¿Qué mejor manera de iniciar el siguiente artículo que con una pregunta? El lenguaje de goce es incómodo, atrevido, escurridizo. No existe pretensión alguna de arborizar el pensamiento de Hélène Cixous, más bien este artículo trata de proximidades, cercanía y horizontalidad.



Con mi mano derecha palpo el dolor y con mi mano izquierda escribo. A ti te pregunto (¿a quién? ¿soy yo acaso algo más que un flujo de deseos inscritos en mi corporalidad?): ¿Cómo es posible que descubramos quiénes somos y qué pasos dar por el mundo, si nos han restringido la mirada —*a las otras, otras no-son*— y el espacio nos ha sido (¿a nosotras?) arrebatado?

Los lobos nunca reconocieron la diferencia; la gramática del lobo deriva del *árbol-raíz*, del árbol clásico del pensamiento (en el sentido deleuziano del concepto). «Lo Uno deviene Dos» (Deleuze y Guattari, 2020, p. 13): pensamiento dicotómico, binario. Hombre / Mujer, Fallo / No-fallo. Afino un poco más las oposiciones: hombre / no-hombre, lleno / vacía. ¿Dónde se encuentran ellas? Ellas son *otredad*, una otredad no reconocida y subyugada a la mirada masculina. ¿Cómo se atreven a preguntarnos quiénes somos si nos violaron la capacidad de identificarnos? Esto no es más que el comienzo de un mapa que aspiramos a crear, un tubérculo del rizoma que aquí pretendemos analizar. Hacernos objeto, creernos castradas, no esenciales frente a lo esencial, lo Uno. En este planteamiento se escucha el susurro de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, quien escribía que: «Para quien se plantea ante sí como el Uno, es una experiencia extraña ser revelado a sí mismo como alteridad» (Beauvoir, 1977, p. 44). ¿Permite el pensamiento arbóreo, dicotómico y rígido el reconocimiento o, al menos, el encuentro con la alteridad? La oposición Hombre / Mujer se convierte en Hombre / Lo-que-no-es-hombre. Realmente nunca formamos parte ni siquiera de esa dicotomía, porque no ha habido encuentro alguno con la diferencia. Lo que sabemos de *ellas* es que se definieron desde la diferencia, pero una diferencia que tampoco es tolerada. Es por ello que, si la niña se cree hueca, se reconocerá desde la idealización de la muñeca que, también vacía, la ayudará a lidiar con su crisis identitaria.

¿Cómo hacer que la *otredad* hable —grite, goce, se desborde— desde la escritura, como lo soñó Cixous? La escritura que propone Hélène Cixous es una escritura combativa, regenerativa (¿Donna Haraway?). Escribir desde el cuerpo de la otredad nos involucra en un acto de desgarramiento en el que ideamos nuevas subjetividades desde un nuevo marco. La escritura comienza con un malestar que se desplaza desde la restricción corporal hacia la liberación de una identidad (¿plural?) atrapada en las mazmorras corporales, una identidad prisionera de los enunciados valorativos atribuidos a la diferencia sexual. *La escritura femenina, el tercer cuerpo* y el concepto de *bisexualidad* serán elementos característicos en este proceso de creación de nuevas subjetividades que plantea Hélène Cixous. Pero, ¿quién demonios es esta autora y por qué aún no sabemos nada de ella? Forma parte de esta redacción, tanto para ustedes como para mí, cuestionarnos sobre su figura. Sin embargo, ¿qué tan relevante es desvelar su identidad? Esta misma pregunta se



la hace otra autora, Clarice Lispector, una voz que resuena con fuerza en el pensamiento de Cixous. Entonces, ¿qué sabemos de Hélène Cixous? Es escritora, dramaturga, poeta y filósofa francesa, nacida en Orán, Argelia, en 1937. Su madre era judía asquenazí de origen alemán y su padre, judío sefardí de origen argelino. Gran parte de su familia vivió en España, Marruecos, Austria, Alemania, Hungría y Checoslovaquia. Además, sus hermanos son árabes: ella se reconoce como parte de «los colonizados» (Cixous, 1975, p. 25). En la actualidad, es una de las figuras más influyentes del pensamiento posmoderno y autora de numerosas obras precursoras de los Estudios de Género.

La muerte llama a la puerta: es ahí donde el miedo impide abrirla. Nada aterra más al ser humano que reconocer su condición finita. ¿Pero acaso somos nosotras ajenas a la muerte? ¡Cuántas veces nos habrán matado con la mirada! Según Hélène Cixous vivimos sin-razón, por nada en concreto, dependientes de nuestro tiempo vital. La búsqueda de un único sentido vital es absurda, puesto que no debe de haber un único sentido para comprender nuestra experiencia vital. Nuestra condición mortal nos condena a la arbitrariedad y al olvido. Por ello, Hélène Cixous concibe la escritura como un acto de rememoración (se oye el eco de *Mnemósine*), una artimaña que nos resguarda de la muerte. Escribir, en este sentido, se vuelve un arma contra el olvido, un proceso que nos exige preservar lo vivo mediante el acto de nombrar. El rostro emerge aquí como una figura central en ese gesto creativo: también el rostro significa, y en su expresión se revela su finitud. La muerte inscrita en el rostro suele despertar temor, pero ese miedo, según Cixous, es también impulso vital: nos incita a amar las fuerzas de la vida. En sus propias palabras: «Amar: conservar vivo: nombrar» (Cixous, 2022, p. 11). Asimismo, el rostro debe ser mirado, la vista es otro elemento importante que Cixous pretende rescatar. Esta es una mirada diferente, que no posee, que no objetualiza. ¿Es eso posible? Si redefinimos el verbo “tener” y lo desligamos del sentido restrictivo de la pertenencia, se convertiría en un «tener-amor» (Cixous, 2022, p.15) que reconoce sin poseer. A través del acto de escritura desterritorializamos fronteras significativamente corporales. Lo que nos incita al acto de desgarramiento son esas fuentes vitales ligadas a la *empeiría* (experiencia) que ha sido silenciada. De este modo, escribir se convierte en un culto a la voz de la diferencia, combatiendo activamente lo que Miranda Fricker denomina *injusticia epistémica* (2017). Somos producto de una cultura heteropatriarcal y antropocéntrica imperante, que nos fuerza a reconocer su belleza, mientras que nos reasigna a la ajenidad. ¡Materialicemos nuestro malestar en palabras!

¿Qué sujeto epistémico tiene legitimidad para acceder a la escritura y de qué forma? A lo largo de la historia, la escritura escogió a sus elegidos, quienes casualmente eran hombres. ¡Qué selectivo es Dios! Mientras ellas se escondían bajo pseudónimos masculinos, rele-



gadas al ámbito privado —y, además, en un acto de escape del mundo material que las aprisionaba—, ellos, predicaban en viva voz el poder de la palabra sagrada que las oprimía. A fin de cuentas, ellas, Caperucitas, estaban destinadas a ser engullidas por el Gran Lobo: *el logos masculino*, o, como lo denominó Celia Amorós (1995), *la razón patriarcal*.

«Ser» estaba reservado a esas personas plenas, definidas, desdeñosas, que ocupaban el mundo con su seguridad, tomaban los lugares sin vacilar, se sentían en casa en los mismos sitios donde yo no «era» más que por infracción, intrusa, esa puntita de otra parte que era siempre cuando sonaba el quién-vive. Los apacibles. ¿«Ser»? (Cixous, 2022, p. 30).

Como intrusas del ámbito vital hemos sido expulsadas de la existencialidad. La pregunta por el «ser» se ha reservado para el privilegiado que sí ha sido categorizado como humano¹. Las críticas feministas desde la vertiente del feminismo posthumano apuntan en esta dirección: ¿qué sujetos son humanos? Si atendemos al pensamiento de Rosi Braidotti nos encontramos con una crítica hacia la idea de humano que instaura y perpetúa los valores del humanismo. Una idea que, asimismo, excluye cualquier reconocimiento posible de la alteridad. El humano es el «sujeto masculino, blanco, eurocéntrico, practicante de la heterosexualidad y la reproducción obligatorias, sin discapacidad, con estudios, que habla una lengua estándar» (Braidotti, 2022, p. 20). El hombre racional, el humano, se impone frente a lo diferente de él en tanto que debe aniquilarlo. Hélène Cixous irrumpe en este punto de manera fulminante: tanto el psicoanálisis freudiano como el pensamiento hegeliano son objeto de su crítica. Centrándonos en *La fenomenología del espíritu*, G. W. F. Hegel reproduciría una lógica de la representación destructora de lo otro. De esta lógica se derivaría una concepción del deseo marcada por la apropiación y, fundamentalmente, por la desigualdad. En tanto que diferencia —la diferencia sexual, en este caso—, esta se concibe como *desigual*. Esta lógica hegeliana del deseo no permitiría reconocimiento alguno hacia el otro, pues la mujer no es concebida como un ser vivo y completo (¿inesencial y vacía?). El deseo se desplaza de forma unidireccional: de la mujer hacia el hombre. Y, así, hasta que ellas mueren. El *ser-hombre* se traduce en *el hombre y lo propio de él*. Todo lo que *no le es propio* se identifica con una diferencia que debe ser aniquilada: *ser-mujer*. En este sentido, la categoría de «sexo» es profundamente política, pues se define como una amenaza, como un *producto del deseo no propio del hombre*. La diferen-

1 La pregunta por el «ser», que en este caso se remite a la ontología heideggeriana, ha sido objeto de revisiones y críticas feministas. Los modos que tenemos de interpretar el mundo y el conocimiento han sido constituidos por una visión imperante que los estructura y categoriza. El sujeto epistémico de ese conocimiento ha sido reconocido como Uno, como humano, es el «*sujeto mayoritario*» de Deleuze y Guattari (2020). De ser así, ¿no está ya la apertura en la que el *Dasein* es arrojado configurada por jerarquías de género? La pregunta por la existencia es una cuestión para el privilegiado, ¿cómo va a ser pensada la otredad mediante la pregunta del «ser» si la cuestión está reservada para una definición de humano que excluye sistemáticamente cualquier encuentro con lo diferente a lo Uno y lo propio de él?



cia sexual se jerarquiza y se inscribe en la dicotomía hombre/mujer, tan enraizada en un símbolo que subyuga sistemáticamente a uno de los términos de la oposición. El falo representa *lo propio*; la vagina, *lo no-propio*. El Imperio de lo Propio se adscribe al falo. ¡Ellos temen ser expropiados de dicho atributo!

Cixous nos invita a explorar un deseo que no sea cómplice de la muerte, en un amor basado en el reconocimiento de la alteridad, una reciprocidad sin sentimiento de amenaza, que asuma —corriendo el riesgo de no ser tolerada y expuesta como vulnerable— la diferencia. ¡No asesinemos a la otredad! Si el sexo es también una categoría política, entonces reconozcamos la diferencia para que exista, pero no como una *diferencia desigual*. La escritura nos reclama una diferencia diversa en significado que no se defina bajo el eje hegemónico del pensamiento. La diferencia no es un lugar que deba ser invadido, sino más bien un espacio de manifestación que coexiste con otras multiplicidades. ¡Derroquemos a la familia nuclear tradicional! ¡Abolimos el matrimonio? Este es un acto de conservación de las otras —las otras vivas, dentro de la diferencia—. ¿Existen puntos de fuga? «Si mi deseo es posible, significa que el sistema permite que se filtre algo diferente» (Cixous, 1995, p. 34).

Muerte-desgarramiento-vida: las jóvenes que emergen encarnan este movimiento singular que se inscribe en *la escritura femenina* propuesta por Cixous. La lectura, según la autora, implica «hacerle el amor al texto» (Cixous, 2022, p. 41). Desde esta perspectiva, todo cuerpo *deviene* superficie de múltiples inscripciones simbólicas. Condenadas por dichas marcas a ser cuerpos considerados irrelevantes, desprovistos de humanidad, las (in)humanas se reapropian de la escritura y de la lectura como espacios desde los cuales redefinir(se): la ficción actúa aquí como territorio de reinscripción subjetiva. En este marco, Cixous reivindica el acto de parir —tradicionalmente ligado al cuerpo femenino— como una posibilidad de alumbrar nuevas subjetividades desligadas de la economía simbólica masculina, a través del lenguaje de goce y la escritura. En ese espacio, Caperucita *deviene* figura combativa, desobediente, caprichosa y disruptiva. Animacho forma parte de nosotras: ¡Caperucita se inscribe como un cuerpo bisexual en el lenguaje!

Primero, ella muere. Después, ama. Estoy muerta. Hay un abismo. Está el salto. Se lo da. Después, una gestación de sí —en sí, atroz. Cuando la carne se talla, se tuerce, se descompone, se recompone, se sabe mujer recién nacida, hay un sufrimiento que ningún texto es lo bastante dulce y poderoso para acompañar con un canto. Por eso, mientras ella se muere, —luego se nace, en silencio. (Cixous, 2022, p. 59).

La muerte es nuestra aliada, pues sin ella no podríamos dar a luz algo nuevo. La muerte es necesaria para crear desde la escritura. ¡Convivamos con ella de manera transversal,



fluctuante y plural! Despojadas de toda existencialidad, encontramos goce de escritura en el sufrimiento. Situadas en el abismo de la no-relación, por fin no carecemos de nada. Cuando «devenimos el movimiento enloquecedor de perdernos» (Cixous, 2022, p. 63) nos convertimos en trazos que, sin resistencia, permiten la entrada a las palabras y, sobre todo, a lo extraño. Nuestras historias no se dirigen a nadie, sólo expresan los gritos, llantos y plegarias del desgarró. Solo en ese momento nos tallamos desposeídas de la gramática del Lobo. Tallamos tejidos sin bordes en los que se manifiestan nuestros dolores. ¡No hay ejército alguno! Si nuestro cuerpo se desprende de esa lógica imperante, permanece fuera de la carencia: la trasciende mediante el salto al abismo. Es curioso, ¿no? Hemos sido talladas por nuestra herencia sociocultural, extranjerías en nuestro propio cuerpo y en la realidad material, y, a pesar de ello, hemos sido condenadas a temer al abismo cuando sabemos mejor que nadie qué significa. Se escucha, paradójicamente, la risa de la Medusa (¿has leído *Le Rire de la Méduse de Cixous?*). Utilizamos la muerte, la pérdida, como arma. Esta vez, la muerte da lugar a la vida. Érase esta vez: tallamos nuestros cuerpos con lápiz y papel. Al escribir, copulamos con el amor: «Escribir es un acto de amor» (Cixous, 2022, p. 67).

La escritura femenina que aquí se propone es combativa y antibelicista: una exaltación de la vida desde la que no se mata a nadie. Desposeídas de la economía masculina, se escribe desde una «*economía de la representación*» (Cixous, 1975, p. 185). El deseo es entendido como una *apertura hacia el otro*. Conviene introducir aquí una cita de Wittgenstein, quien afirmaba que: «Tampoco podemos representarnos objeto alguno fuera de la posibilidad de su conexión con otros» (Wittgenstein, 2017 p. 8). En este sentido, *el tercer cuerpo* surge cuando el exterior penetra y lo interior se abre. Lo que sucede fuera se manifiesta dentro y viceversa, pues nuestro cuerpo forma parte de la tierra y de todo cuanto sucede en ella. En un sentido deleuziano, somos pliegue: multiplicidad de estados y cualidades. A través de la escritura femenina viajamos hacia donde se sufre, se salta, se goza. El carácter expresivo del territorio se manifiesta en el cuerpo a través de la *ritournelle* y a través del *soplo*. El nacimiento nos pide desnombrarnos, nos alienta a salir de las micro-jaulas del nombre. La importancia de este tipo de escritura radica en plasmar el afecto mediante palabras, generando así nuevos códigos y significados. «Continuidad, abundancia y deriva» dotan, según Cixous (2022, p. 88), de feminidad a un texto, sin que ello implique restringirlo en el nombre. Aceptar la angustia de este proceso es un goce femenino que puede ser alcanzado por cualquiera.

Cixous rompe con el binarismo identitario inscribiendo la bisexualidad en el texto. En este sentido, entenderemos la bisexualidad desde la segunda acepción propuesta por la autora: como la implantación de un nuevo mundo simbólico erótico en el que un sujeto es



entendido como una localización pensada desde la oposición a la lógica de la representación falocéntrica (Cixous, 1975, p. 44). Esta localización no excluiría la diferencia de ninguno de los dos sexos, sino que se manifestaría en la escritura de forma simbiótica y plural. La bisexualidad implica *devenir-minoritario*, *devenir-mujer* (Deleuze y Guattari, 2020). Padre (¿maternal?), madre (¿paternal?). Una ejemplificación de bisexualidad en Cixous la encontramos en la obra *La hora de la estrella* de Clarice Lispector (2025) en la que la autora se suspende entre paréntesis autoralmente al crear a Rodrigo S.M., un narrador masculino que no encarna los atributos tradicionales asociados a la masculinidad hegemónica. Este gesto puede leerse como una forma de performarse en un autor diferente a ella, desplazando las fronteras entre autoría, género y ficción. Rodrigo, lejos de representar un modelo de autor viril dominante, funciona como una voz ambigua, inestable, en el ocaso de su vida, que escribe la historia de Macabea —casi mujer, *otra margen*, *tercer cuerpo* en Cixous y CSO *deleuziano*— y también se deja afectar por ella. Lenguaje del hambre: una autora que creció en el noreste de Brasil se separa de sí para creerse otro, un hombre que ha sido despojado de sus roles masculinos para escribir y crear la historia de una protagonista norestina, marginal, pobre, atravesada por multiplicidad de flujos externos. La propia obra de Lispector ejemplifica el pensamiento de Cixous y, al mismo tiempo, se convierte en cuerpo rizomático donde «la escritura sigue una máquina de guerra y líneas de fuga, abandona los estratos, las segmentaridades, la sedentaridad, el aparato de Estado» (Deleuze y Guattari, 2020, p. 34).

¿Qué es entonces el goce en el pensamiento de Cixous? Roland Barthes (1915), crítico francés, lo explica muy bien. Mientras que el texto de placer nos colma de gracia, nos apetece leerlo, disfrutamos en el proceso y no rompe con la cultura; el texto de goce, en cambio, resulta incómodo, hace temblar los pilares de entendimiento, rompe con el patrón y la estructura (Barthes, 2007, p.25). Correr el riesgo de sumergirnos en la oscuridad: ahí reside el *goce*. La Ley se presenta como *anti-goce*, y romper con ella mediante la escritura es goce, quedando así liberada la multiplicidad de voces que son silenciadas en la experiencia material. *Voz-grito*. El goce comienza cuando las sirenas comienzan a cantar, cuando Eva muerde la manzana, cuando se atreven a penetrar en el otro—extraño, desconocido— para reconocerlo y no para poseerlo. El *soplo* es el ritmo de las palabras temblorosas, que tras ser calladas, por fin son manifestadas. Perdernos para gozar, ¡qué atrevida declaración! Se escucha el canto de Hélène Cixous: «Escribe, sueña, goza, sé gozada, escrita» (Cixous, 2022, p. 86).

Under their eye. When words turn red. Where silence becomes voice. Death to Gilead.



Bibliografía.

- AMORÓS, C. (1995). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Círculo de lectores.
- BARTHES, R. (2007). *El placer del texto y Lección inaugural* (N. Rosa, Trad.). Siglo XXI Editores.
- BRAIDOTTI, R. (2022). *Feminismo posthumano* (1ªed.). (S. Serra Lopes, Trad.). Gedisa.
- CIXOUS, H. (1995). *La risa de la Medusa* (A. M. Doix, Trad. y Pról.). Anthropos.
- CIXOUS, H. (2022). *La llegada de la escritura* (I. Agoff, Trad.). Amorrortu.
- DELEUZE, G. (1996). *Crítica y clínica* (T. Kauf, Trad.). Anagrama.
- DELEUZE, G., GUATTARI, F. (2020). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. (J. Vázquez Pérez, Trad.). Pre-Textos.
- FRICKER, M. (2017). *Injusticia epistémica: El poder y la ética del conocimiento* (R. García Pérez, Trad.). Herder Editorial.
- JOYCE, J. (1922). *Ulysses*. Shakespeare and Company.
- LISPECTOR, C. (2025). *La hora de la estrella*. (A. Poljak, Trad.). Siruela.
- WITTGENSTEIN, L. (2017). *Tractatus logico-philosophicus. Investigaciones filosóficas*. (Intr. Isidoro Reguera Pérez). Gredos.

Agradecimientos especiales a nuestros suscriptores en KoFi,
nada de esto sería posible sin ustedes. El gozo de la cultura es
posible gracias al apoyo de:

Andrea Sánchez Villamandos

Elena Villamandos González

